

MANUEL DE JUAN

**EN EL
NOMBRE
DEL
FUEGO**

Título: En el nombre del fuego

Primera edición: diciembre, 2025

© 2025, del texto Manuel de Juan Ribeiro da Fonseca.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Desito legal: SE 3747-2025

ISBN: 979-13-87720-68-1

*Dedicado a la gente sencilla,
a la que transita, a la que trashuma,
a la gente que labra y cultiva, a la que cría y multiplica,
a quienes resisten, subsisten y persisten en su arraigo a la tierra,
a la gente del corcho, de la leña y del carbón,
a los pastores, a las cabrerías, a los queseros y las hortelanas,
a la gente de las colmenas, a la del esparto, a las canasteras y los tejedores,
a quienes encienden el horno y hacen el pan.
A todas y a todos los que han caído al paso de las llamas,
a quienes han visto sus vidas convertidas en cenizas,
a quienes se levantan sobre las ascuas y se rehacen sobre la tierra aún caliente.
A todas y a todos los que conviven con el fuego,
a quienes le miran a los ojos,
a quienes lo combaten cuando ataca,
a quienes lo cuidan cuando alumbra y calienta.*

ÍNDICE

Prólogo CUANDO EL MONTE DUERME.....	9
CANDELA	11
LA SEMILLA DE LA LOCURA.....	25
KILIMANJARO.....	37
LAS REGLAS DEL JUEGO.....	55
PAN MORENO	83
SEÑALES	123
LA PRIMERA VEZ	153
UN MONSTRUO EN EL LAGO.....	181
RETAGUARDIA.....	199
MARZO	217
LA CORTINA DE HUMO.....	235
TRAICIÓN.....	247
MOSHI.....	265
Agradecimientos.....	273

PRÓLOGO

CUANDO EL MONTE DUERME

El fuego siempre me ha fascinado y aterrorizado al mismo tiempo. Domesticado en el tiempo de las cavernas, desbocado mientras devora los bosques que nos rodean, su presencia me recuerda que algo tan esencial puede convertirse en amenaza si no se conoce y se aprende a convivir con ello.

En nuestros tiempos, los veranos se han convertido en un aquelarre funesto en el que los bosques arden con frecuencia creciente, y mientras eso sucede, entendemos las llamas como un enemigo heroico contra el que se combate con aviones, helicópteros y titulares. La épica del fuego se instala por unos días en nuestras vidas, los relatos sobre las nobles gestas del combate estival, la conmovedora estampa del bombero exhausto, y la plomiza bóveda de humo que no solo oscurece el cielo, también el futuro. Sin embargo, la verdadera batalla rara vez se libra en verano. La lucha contra los incendios comienza mucho antes, en la raíz silenciosa del invierno, en los montes limpios, en los cortafuegos mantenidos, en las comunidades rurales vivas que trabajan y cuidan la tierra en la que viven y de la que dependen.

El problema no es el fuego en sí, sino nuestra manera de relacionarnos con él. Se han afianzado el hábito y el lucro de dejarlo crecer sin orden ni cuidado durante meses y después, tras escenificar el arrebato de una sorpresa que ya se conoce, pretender dominarlo en unas horas en las que, mientras unos se juegan la vida, otros hacen caja. Hemos confundido la espectacularidad con la eficacia, la extinción con la prevención, el parche con la solución. Apagar incendios en invierno no levanta titulares ni genera morbosas imágenes con las que abrir informativos voraces de audiencia, pero sí genera vida. En los meses fríos, cuando el monte duerme y el pasto se repliega, se deberían desplegar las cuadrillas que limpien, que desbrocen, que recojan la leña caída, que abran sendas y caminos. Ese trabajo, invisible pero crucial, sostiene al bosque durante el verano como lo hacen las raíces con el árbol. Cada rama que se retira a lo largo de la invernada es una chispa menos en julio. Cada hectárea cuidada es una oportunidad de vida, no de ceniza. Cada jornada invertida en prevención es también una jornada de empleo, de arraigo, de dignidad para quienes habitan los olvidados pueblos del

interior cuyos nombres sólo suenan cuando son pasto del fuego.

La prevención, además de planificación y técnica forestal, es también política y gestión del territorio, es apuesta social. Mientras el monte esté vivo y poblado de personas que lo conocen, que lo trabajan y que se alimentan de él, el fuego tendrá menos oportunidades de reinar. Allí donde se extingue la población rural, es donde con más fuerza medran las llamas.

Este libro nace de la convicción de que el fuego no es solo un elemento natural, un aliado en nuestra evolución como especie y en nuestras vidas diarias, sino también un reflejo de nuestras decisiones colectivas. Las páginas que siguen no son únicamente una historia, sino una llamada de atención, un recordatorio de que la ceniza que cubre nuestros montes también cubre y nubla nuestra falta de visión. Esta obra es un grito contra el resigno de ver cómo cada verano se convierte en un rastro de lamentos y en un ritual de humo y pérdidas, es una invitación a imaginar una realidad distinta, un modelo de gestión en el que el invierno sea tiempo de siembra y cuidado, de dibujar un futuro y un nuevo escenario en el que las manos que hoy emigran encuentren trabajo en sus propios valles, en el que la prevención sea entendida como la forma más eficaz y humana de extinción.

Apagar el fuego en verano es un gesto heroico, pero apagarlo en invierno es un acto de sabiduría. Lo primero nos salva un día; lo segundo nos promete una vida entera.

Que, en el nombre del fuego, aflore la verdad que esconde la esperanza de un futuro más justo para los bosques y para quienes los habitan.

CANDELA

*Solo el fuego puede convertir el hierro en acero,
igual que el sufrimiento puede fortalecer el alma.*

Valle del Genal, Málaga, otoño de 2014

Se ofrecía un atardecer desolador entre cenizas aún calientes y girolas de humo sobre los picos de tantos y tantos esqueletos de árboles carbonizados. Aquella era una visión terrible y desconcertante, y tal y como se dice que sucede momentos antes de morir, las imágenes de toda una vida empezaron a desfilar ante sus ojos. Se vio a sí misma de niña, gateando entre helechos a través de los cuales se filtraban los rayos de sol, veía a su padre cortando leña y a su madre rodeada de gallinas mientras echaba las migas al vuelo. Más y más recuerdos acudían a su mente cada vez más atormentada, y cada uno de ellos iba envuelto en su propio aroma. Los buenos tiempos olieron bien, estaban impregnados por la refrescante fragancia de la huerta y de la hierbabuena que crecía en torno al pozo, el laurel y el tomillo secándose en los altillos de la cocina, los manojos de orégano que colgaban del dintel de la cadiera, el aroma del pan recién salido del horno y el de los pucheros humeantes, un perfume de vida que recorría toda la casa y llenaba cada uno de sus rincones. El olor a gallinero y a establo, a leña y chimenea, a matanza, a tierra mojada y a tierra seca, el de la hierba recién cortada que recogían para alimentar a los conejos. Estos eran los retazos de una infancia feliz y salvaje que ahora revivía por unos instantes, antes de que la tierra aún caliente bajo sus pies la hiciera regresar a una amarga realidad difícil de digerir completamente.

Laureano Matas, el Mellizo, fue un afamado guarda de caza de un extenso coto privado situado en lo más profundo del Valle del Genal, y junto a su esposa, Ana, la del Mellizo, vivía humildemente en el llamado Caserío del Rocín, en una casona modesta construida piedra a piedra a las faldas de un frondoso monte, sin luz ni agua corriente, pero en la que nunca faltó nada de lo necesario para criar sana y feliz a su única hija, quien pese a su apellido, e incluso a pesar de no haber tenido hermana o hermano alguno, siempre fue llamada en aquella tierra

Candela, la Melliza. El Rocín era una pequeña aldea rodeada por espesos bosques centenarios y que aún sobrevivía en algún punto situado entre el río Genal y el arroyo de Las Alfaguaras, y aunque en ella vivían algunos vecinos más, la familia del Mellizo ocupaba el caserón que coronaba en solitario el cerro que asomaba abrazado por un magnífico quejigal a las afueras del poblado.

En sus cinco primeros años de vida, Candela ya sabía diferenciar varios tipos de hierbas y sus usos, montaba a caballo con soltura, sin sostener más riendas que las crines de los animales mientras acompañaba su cuerpo al trote de estos. Sabía ordeñar ovejas y cabras, aprendió de su madre el arte de hacer quesos, recogía los huevos del gallinero y recorría la huerta en busca de los primeros tomates que ya estuvieran maduros. Su padre la llevaba al colegio todos los días, y aunque a ella no le disgustaba ir y encontrarse con sus compañeros, junto a los que aprendía y jugaba, siempre estaba deseando volver a casa, al campo, a correr con sus perros, a acompañar a su madre a recoger bellotas o algarrobas para cebar los comederos de las cuadras y los corrales, o a ir con su padre a dar largos paseos por el monte, de los que siempre regresaban con los aparejos de su vieja mula Carmela atestados de leña. El Mellizo le decía que la mejor leña para el fuego era la que se cortaba directamente de los árboles, pues era más dura y ardía más despacio, pero también le decía que era necesario recoger la leña que había por el suelo, aquellas ramas de las cuales los árboles se desprendían de forma natural, porque eran ya viejas o por ser demasiado bajas como para que le llegara la luz del sol. Le decía a su hija que si no limpiaban el monte de la madera que iba cayendo al suelo, esta se acumularía rama sobre rama y con el paso del tiempo se convertiría en un peligro para el bosque y para ellos, pues podría llegar a arder y desencadenar una catástrofe que podría destruir todo aquello que conocía, por lo que era mejor verla arder en el hogar que fuera de él. Así que muchas tardes se adentraban en el bosque, recorrían cada uno de sus rincones, una vez por aquí, otra por allá, seguidos por los pasos de Carmela, quien acarrearaba la madera que le cargaban sin poner reparo alguno en ello. Durante aquellos paseos que Candela recordaba ahora con los ojos humedecidos en una mezcla de nostalgia y dolor, su padre le iba enseñando todos los secretos y saberes necesarios para vivir en comunión con el monte y con todos sus elementos, y según la época del año, aprendía a encontrar los tiernos espárragos trigueros que brotaban al abrigo de las matas espinosas tras el paso de las lluvias torrenciales. Poco a poco iba sabiendo cuáles eran las mejores setas y cuáles había que evitar. Desde muy joven identificaba un buen número de aves solo por su canto y sabía a qué animales correspondían las huellas y excrementos con los que se cruzaba alguna que otra vez. Cuando paseaba sola por el bosque cercano a la casa, los zorros venían a coger de su mano el pan duro que se llevaba de la cocina a escondidas de su madre. Aquella era una vida llena de plenitud, una vida que Candela llegó a amar y que marcó para siempre su carácter y su manera de ver el mundo. El hecho de

que durante su infancia no hubiera en el bosque otros niños con los que jugar, con los que correr entre los árboles o con los que pelearse de vez en cuando, no pareció importarle demasiado, en raras ocasiones iba en busca de los que vivían en las casas de más abajo. Aprendió a entretenerse sola, a acompañar a su padre o a estar en la casa con su madre, siempre había algo que hacer, y los animales del bosque eran a quienes buscaba cuando quería jugar con alguien, de modo que puede decirse que, además de sus propios padres, Candela nunca tuvo una especial afinidad por lo que de humano hubiera más allá de los límites de su bosque.

Vinieron después los años en los que para cursar sus estudios de bachillerato, el Mellizo decidió mandar a su hija al cercano pueblo de Cortes de la Frontera, a casa de su hermana, la tía Juana, quien acogió a su querida sobrina como si se tratara de la hija que nunca tuvo, le preparó una habitación y la colmó de cariño y atenciones para que aquella niña de ojos negros y curiosos se encontrara allí como en su propia casa. Pasaban mucho tiempo juntas mientras la tita Juana le enseñaba a hacer bizcochos, a coser, a preparar conservas de las verduras que la huerta les iba dando o a hacer mermeladas que iban guardando en la alacena. La hermana del Mellizo le preparaba a su sobrina sus comidas favoritas, o le entretenía contándole historias y leyendas a las que la Melliza se entregaba como lo hace alguien que parte hacia un viaje emocionante, dejándose llevar por cuantos lugares, personajes y toda clase de detalles rocamboleros adornaban los relatos de su tía, algunos reales, otros inventados, y la mayoría de las veces una mezcla de ambas cosas. Pero la tía Juana veía que su niña se pasaba tarde tras tarde, de lunes a jueves, metida en su habitación estudiando, leyendo o navegando por los recovecos de su inmenso mundo interior. Había en ella algo especial que la diferenciaba de las demás niñas del pueblo, y es que Candela no era del pueblo, era del monte. Cuando el Mellizo venía los viernes a mediodía para recoger a su hija y llevarla de vuelta al Rocín, su hermana le decía que algo le pasaba, que estaba preocupada por ella, que no salía con chicos, que no tenía amigas, que no hablaba demasiado y que se pasaba el día entre libros. Y era verdad. A Candela no le interesaban demasiado las cosas que ocupaban al resto de sus compañeras de clase, iba de casa al instituto y del instituto a casa, estudiaba mucho y no solo era la alumna más destacada de su promoción, en realidad ninguno de sus profesores recordaba haber tenido en su clase a alguien tan brillante ni con tanto interés y dedicación.

Pasaron el tiempo y la niñez, los años del pavo y la tontuna que Candela supo evitar de manera casi inconsciente parapetada tras las páginas de cualquier libro o evadida del mundo de los demás mientras se dedicaba a explorar el suyo propio. Mientras se iba haciendo mujer, ingresó en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes, en Córdoba, donde siguió destacando por su gran rendimiento en los estudios y por su escasa sociabilidad. Hizo amigos, sí, y sus compañeros la apreciaban mucho. En no pocas ocasiones era invitada a alguna

fiesta, pero ella se zafaba, anteponiendo alguna excusa insalvable, de toda clase de propuestas e invitaciones que no estuvieran relacionadas con alguno de sus estudios y lecturas.

Candela brillaba por todos sus ángulos, la juventud le sonreía y se había convertido en una joven muy atractiva. Lucía una larga melena negra y ondulada, y sobre la piel brillante de su rostro relucían dos ojos aún más negros que sus cabellos. Su carácter reservado y solitario le daba un aire misterioso que la hacía, para algunos, aún más atractiva. De cuantos compañeros y amigos se le acercaban para pedirle ayuda con algún proyecto, o con estos o aquellos apuntes, no faltaban quienes la pretendiesen de cuando en cuando, topando sus intenciones con el escaso interés que la joven Candela tenía en ser pretendida. Y es que, lamentablemente para ellos, en esos momentos, en el interior de aquella muchacha solo había cabida para aquellas cosas concernientes a repoblaciones, planteamientos de cortafuegos, gestión cinegética y, particularmente, incendios forestales, el abominable fuego destructor, el demonio rojo cuya estela le había pasado muy de cerca en más de una ocasión y que ya desde muy joven había despertado en ella una insana obsesión. Por raro que pudiera parecer, en lugar de salir y entregarse a la vida social propia de su edad y de su entorno, Candela se inclinaba más por pasarse todo un fin de semana planteando problemas y dibujando casos prácticos de incendios forestales sobre grandes porciones de papel continuo que extendía sobre la mesa de trabajo de la biblioteca de la facultad, y en los que representaba el relieve, el combustible, la orientación del viento y los posibles focos del fuego. Después disponía los cortafuegos, los frentes de lucha, los medios necesarios, y de esta manera se le hacía lunes antes de darse cuenta. Tal vez por eso, en los cuatro años en los que se empleó a fondo en terminar todos sus exámenes con la más alta puntuación que era posible obtener, nunca se le conoció novio alguno, ni siquiera algún amigo un poco más íntimo que diese lugar a suposiciones por el estilo. Por eso también, en las alcahuetas comidillas de compañeros, alguien comentaría que si era rara, o lesbiana, que tenía un novio en el pueblo o que era una marimacho. A más de uno le hubiese gustado poder desmentir cualquiera de esos desatinos. Pero lo que es seguro es que debido a esta especie de pasión por el fuego y a su dedicación casi obsesiva a estudiar el fenómeno de los incendios, decidió aprovechar su trabajo de fin de carrera para desarrollar y exponer modelos de gestión y prevención del fuego basados en criterios muy diferentes a los que se ajustaban las doctrinas recogidas en sus libros y en sus apuntes, y que siguen en vigor actualmente. En su trabajo se ponía de manifiesto la demostrada ineficacia del modelo actual y el derroche de recursos empleados, por lo que no fue del gusto de todo el mundo, especialmente de aquellos ortodoxos de graníticas mentes inamovibles, herederos de un modelo de gestión que, a pesar de obsoleto, resultaba más lucrativo para sus gestores. Sin embargo, lejos de caer en el desánimo y con una seguridad en sí misma

que rayaba la prepotencia, jamás dejó de estudiar, investigar y trabajar, y se fue convirtiendo de manera casi autodidacta en toda una experta en la materia, una autoridad anónima cuyos conocimientos sobre el fuego iban a llegar mucho más allá de los pregonados por aquellos que se proclaman doctos en esta delicada y compleja disciplina.

Los veranos, entre curso y curso, Candela trabajaba en una torreta de vigilancia forestal para poder costearse los estudios y el piso en el que vivía sola después de declinar cualquier opción de compartir el alquiler con alguna de las compañeras que en ocasiones se lo habían propuesto, y es que aunque nunca nadie logró acercarse a ella lo suficiente, quien la hubiera llegado a conocer bien, sabría que Candela se encontraba siempre mejor sola que bien o mal acompañada. Con el tiempo, debido a su excelente rendimiento académico y a lo bien reconocida que estaba en los círculos de profesores, hubiera podido acceder fácilmente a muchos otros trabajos menos fatigosos y mejor remunerados. En el último año de carrera rechazó en varias ocasiones el puesto de ayudante en alguno de los departamentos de su facultad, y no estuvo interesada cuando fue propuesta para profesora adjunta, ya que no se sentía atraída por las paredes de los laboratorios ni por las sofisticadas computadoras que realizaban complicados cálculos y simulaciones. La sola idea de encontrarse trabajando encerrada en un despacho le resultaba esperpéntica. Año tras año, Candela dejaba claro que no optaba a otra cosa que no fuera trabajar en su torre de vigilancia, en primera línea, lo más cerca posible del fuego en caso de que este se declarase. A estas aún tempranas alturas de su truculenta vida, la única cosa que le apasionaba cada vez más al mismo tiempo que le aterraba, era el fuego, su color, su sonido, el olor con el que anunciaba su presencia y el aroma que dejaba a su paso, el misterio que encerraba dentro de sí la magnífica criatura centelleante que conseguía ver en su interior. Candela amaba al fuego al mismo tiempo que lo odiaba, pero había algo que tenía muy claro dentro de sí, y es que no podía vivir sin él. Por decirlo de alguna manera, existía un romance de veras extraño entre el fuego, cualquiera que fuera su forma, y la joven recién licenciada.

Pero para conocer el porqué y la razón de esta atracción irracional, debemos rescatar del pasado un trágico y significativo episodio que marcó para siempre la vida de Candela cuando apenas era una niña que empezaba a hacerse una idea de los entramados y dimensiones de la porción de mundo que, en gracia, le había tocado habitar. Un tiempo que, pese a haber quedado ya muy atrás, imprimió en el espíritu de aquella niña una marca indeleble que le habría de acompañar para el resto de su existencia.

En el temprano otoño en el que la niña que saltaba perdiéndose entre las matas persiguiendo gatos y gallinas cumpliera seis años, en ese fatídico otoño en el que las familias que habitaban en la aldehuela del Caserío del Rocín, y que habían preparado sus terrenos para los cultivos de invierno, miraban al cielo como pidiendo explicaciones por el retraso de las primeras lluvias, terminó por desencadenarse la fatalidad. Laureano y su hermano Julián, el otro Mellizo, se ocupaban de organizar para la niña Candela una buena fiesta de cumpleaños. Debido a su carácter humilde y a la austeridad como modo de vida, no eran gentes dadas a las grandes celebraciones, pero el sexto año de vida no era un aniversario cualquiera. Era, según la tradición heredada de los más antiguos del valle, de aquellos que pasaron años difíciles de guerra, de hambre sin pan, de frío sin leña y de enfermedad sin medicinas, un síntoma de salud y vitalidad que auguraba una vida larga, saludable y provechosa, y era por lo tanto una ocasión digna de ser celebrada. El mediodía estaba ya bien entrado y el cielo estaba claro y azul pese al viento otoñal que soplabla desde hacía ya unos días. A esa hora los Mellizos salían del establo después de decidir cuál de los corderos que criaban a medias sería el destinado para el sacrificio.

El primer olor a humo no despertó ninguna alarma, pues aunque el frío aún no había terminado de llegar, podía deberse al encendido de las primeras chimeneas. Poco después, el eco de las primeras voces y gritos alarmados no tardó en resonar de una ladera a otra, poniendo en jaque a todos los vecinos del Rocín, quienes salían de sus casonas llevándose las manos a la cabeza al ver la descomunal columna de humo que se elevaba detrás de la montaña a cuyos pies vivían. Era una visión espeluznante que hacía encogerse al más robusto de los corazones y a la sombra de la cual no había lugar para quedarse absorto. Laureano no dudó en vocear a sus vecinos para que agarraran cuantos aperos tuvieran a mano, azadas, hachas, calabozos, rastrillos, palas, lo que hubiese, lo que tuviesen, y los arengaba a marchar al monte para hacerle frente a las llamas que, una vez hubiesen superado la ladera opuesta, no tardarían en correr monte abajo animadas por el viento de tres días que soplabla desde del oeste, y así acabarían consumiendo la densidad del bosque que les daba la vida y que ahora peligraba junto con sus casas, sus animales y sus cultivos. Todos los vecinos que pudieron unieron sus brazos a la impresionante e improvisada fuerza humana decidida a impedir el avance de las llamas amenazantes. Los hombres más fuertes subieron ladera arriba toscamente armados con sus herramientas, a trompicones, jadeando y tan rápido como les era posible hasta acercarse peligrosamente al fuego, y al llegar a un punto en el que la temperatura era ya insoportable, empezaron a cavar y rozar el suelo, a arrancar matorrales y talar árboles velozmente con la intención de abrir un cortafuegos repentino que consiguiera aplacar el genio

y la furia con los que aquel fuego rugía y se hacía sonar. Trabajaban tan rápido como podían y, en medio de las humaradas que ya se iban acercando y les abrazaban hasta nublarles la visión y el aliento, se iban dando voces para comprobar sus respectivas posiciones, para avisar de que algún árbol caía e incluso para darse ánimos. Sin embargo, el viento de poniente no permitió que el fuego se calmara, por lo que cuando terminó por superar la cuerda de la montaña, no se demoró en empezar a devorar los primeros quejigos y alcornoques de cuantos ahora tenía sometidos a su merced. Como una perfecta anfitriona del fuego que se avecinaba, la jara seca del verano que aún seguía en pie y que conformaba un espeso matorral bajo los frondes de los árboles, empezó a arder y a través de ella el fuego se propagó a gran velocidad. El Mellizo no tardó en comprender que no tenían medios suficientes como para hacer frente a un fuego tan feroz como lo era el que en esos momentos veía aproximarse hacia él y sus compañeros, por lo que dio una contundente voz de alarma y retirada a la que toda la cuadrilla se apresuró a responder corriendo ladera abajo.

A todo esto, mientras que el valiente y decidido frente se afanaba por abrir una brecha en el bosque que permitiera salvar una buena parte del mismo, las poleas de los dos únicos pozos que había en el lugar empezaron a chirriar frenéticamente. Otros hombres y mujeres, los ancianos y también los niños, corrían de un lado para otro, unían unas mangueras con otras, acarreaban toda clase de cacharros para llenarlos de agua y se los pasaban de unos a otros en una sincronizada y vociferante formación en fila que terminaba por verter el agua que iba llegando sobre las primeras llamas que ya mordían los setos y lindes de los terrenos y huertas. El Mellizo y los demás que iban apareciendo tras él, con las caras enrojecidas por las llamaradas y tiznadas por el hollín del humo, se unieron a sus vecinos, todas las manos eran pocas para hacer llegar el agua allí donde era necesaria. Y decir que todas las manos eran pocas es tan cierto como que no tardaron en echar en falta a cuatro de ellas, las de Julián, el otro Mellizo, y las de su cuñado, el Balta.

Uno de los hombres del equipo que subió a hacer el cortafuegos, seguido por otro más, se acercó exhausto a Laureano con una funesta expresión en su mirada.

—Mientras este y yo arrancábamos jaras vimos al Julián y al Balta subiendo hacia los quejigos viejos para cortarlos.

Se hizo un gran silencio. Ante todos aquellos hombres y mujeres rodeados de sus hijos, presas de la perplejidad y la incertidumbre, sintiendo el amargo mordisco de la impotencia, una gran parte de su bosque se convertía en humo y cenizas, lamido sin misericordia por una implacable lengua de fuego contra la que nada pudieron hacer. El Mellizo observó unos instantes hacia todos los posibles horizontes, queriendo encontrar algún hueco en el monte por el que su hermano y su amigo Balta pudieran haber encontrado una vía de escape, pero

el bosque estaba siendo arrasado y desde donde ellos estaban no había otra escapatoria posible que no fuese la que él y el resto de sus compañeros siguieron momentos antes. En un arrebato desesperado e inconsciente, salió corriendo monte arriba con la intención de rescatarlos, y se dirigió hacia las llamas tan rápidamente como ellas corrían hacia él. Las suelas de sus botas ya estaban humeando y siendo atravesadas por las brasas, pero lejos de aminorar el paso para reparar en sus quemaduras, con más y más desesperación corría a zancadas fuego adentro hasta que fue atrapado por alguno de los vecinos que le salieron a la zaga con la intención de detenerle. Laureano cayó al suelo incandescente seguido por el hombre que se lanzó en su captura, y los dos rodaron brevemente sobre las ascuas y las puntas ardientes que humeaban queriendo volver a prenderse. Inmediatamente dos o tres vecinos más llegaron hasta ellos y les ayudaron a levantarse y desprenderse de sus ropas humeantes y, a duras penas, arrastrando a su amigo Laureano, regresaron a la huerta en la que estaban congregados el resto de sus vecinos. El Mellizo dejó de gritar el nombre de su hermano y el de su amigo cuando la voz se le rompió del todo, y se derrumbó de rodillas mientras, arropado por sus más allegados, empezó a llorar sometido al dolor de su desconsuelo, sintiéndose a sí mismo como una insignificante porción más de la ceniza que, arrastrada por el viento, flotaba en el aire en un baile funesto al que acompañaban las pavesas rojizas e incandescentes.

Eran una época y un lugar en el que aún era frecuente encontrar caseríos y pequeñas aldeas aisladas en medio de los grandes bosques que con el tiempo han ido menguando, considerablemente alejados de otras poblaciones de mayor envergadura, y en los que sus habitantes mantenían un modo de vida sencillo y humilde, enseñándose de madres y padres a hijos e hijas como obtener del monte y de sus bosques los recursos necesarios para vivir, así como la necesidad de cuidar y mantener un medio del que dependían. La gente que vivía en el Caserío del Rocín cuidaba de sus montes tanto como de sus propias casas, y entre sus vecinos había quien se dedicara a las abejas, uno de los oficios tradicionales más arraigados a aquella tierra, ya que era ampliamente conocida la excelente calidad de la miel oscura que provenía de aquellos agrestes bosques de brezos y encinas centenarias. Debido a la gran abundancia de alcornoques, tampoco faltaban corcheros entre la gente del Rocín, una profesión bien reconocida, generalmente heredada de padres a hijos y para la cual se requiere una especial destreza. Había también carboneros, muleros y carreteros, rehateros, cazadores y leñadores, guardas y, por supuesto, labradores y hortelanos que sabían trabajar las fértiles tierras del valle con tal dedicación, que las huertas de aquel lugar eran a menudo nombradas en los mercados de las cercanías por las magníficas hortalizas que allí se cultivaban. También estaba Francisco, el del Land Rover, cuya función, entre otras, era la de llevar a los niños y niñas a la escuela del vecino pueblo de Alpan-deire, a cuya circunscripción pertenecía el caserío, y quien, después de dejar a su

pequeño rebaño en el colegio, pasaba cada mañana por la oficina de Correos y Telégrafos para recoger las cartas y los recados de la centralita de Telefónica para repartirlos entre los vecinos de la aldea.

Ninguno de ellos pudo dormir la noche siguiente al incendio, a decir verdad, solo los niños más pequeños cayeron derrotados por el sueño tras tantas y tantas horas de nervios, llantos, gritos y ajeteo. Estaban en las puertas de sus casonas, impregnados por la maldición del olor de la madera quemada, una condena de la que no conseguían desprenderse y para la que, irremediablemente, no había indulto posible. Las caras calladas y apesadumbradas iban y venían hablando los unos con los otros, reuniéndose en torno al brocal de un pozo desde donde, en un silencio desolador, veían a través de la oscuridad de la noche cómo el viento seguía coqueteando con las brasas aún vivas y brillantes en las que el fuego había convertido su bosque. La tristeza compartida y el silencio eran palpables, algunos hombres y mujeres lloraban en silencio y todos se daban calor y consuelo. En torno a aquel pozo, entre muchos otros, también se encontraban el Mellizo, su mujer, Ana, y la pequeña Candela quien, como algunos de los demás niños, impactados y desconcertados, contemplaban en silencio y aferrados con fuerza a la seguridad de las faldas de sus madres la negrura de una noche desoladora. La cera se fundía con la miel en los cientos de colmenas que se consumieron bajo el fuego, y los alcornoques, cuya corteza estaría lista para las próximas sacas, desaparecieron dejando tras de sí un plumizo manto de ceniza y carbón. No solo eso, sino que también fueron pasto de las llamas algunas rehalas que estaban diseminadas por el monte en improvisados caniles alambrados desde donde fue imposible oír, en medio del desastre, los alaridos de pánico de los perros que con aullidos desesperados pedían ser liberados. Muchos otros animales que vivían en el bosque sufrieron el mismo infortunio. El fuego silenció bruscamente la berrea de los ciervos que en aquellos días reclamaban la presencia de sus hembras en los dominios que iban conquistando a cornadas con sus rivales, y a ese silencio se unió también el de pájaros, jabalíes, zorros, meloncillos y ginetas que, al igual que los dos hombres del Rocín, no pudieron escapar de una muerte atroz.

No existía en el lugar en el que sucedían estos hechos, ni en ningún otro de los alrededores, un retén o un operativo que acudiera a sofocar el incendio, a controlarlo o a contenerlo. En aquellos años aún no se sabía del entramado burocrático, administrativo y nada operativo que hoy en día estructura y constituye el oscuro mercado del fuego y todas sus sucursales. No aparecieron allí los modernos camiones nodriza ni unidades autobomba con los que se cuenta hoy en día, no se escuchó ningún helicóptero sobrevolando la zona ni hubo ningún avión que de pasada en pasada descargara una nube de agua, ya sea porque no se contaba con tan moderna tecnología, o porque los mecanismos otorgantes de contratos y contratas no estaban en aquellos entonces tan bien lubricados como lo están en la actualidad. Todo lo más que apareció fue el todoterreno de

los guardas forestales enviados por alguna oficina del ministerio competente, quienes casi un día después de producirse el desastre se personaron en el caserío y, una vez recabada toda la información que pudieron atestiguar los vecinos aún consternados, y hechas las pertinentes mediciones y pesquisas sobre el terreno todavía humeante, constataron en el atestado que, tal y como fue comunicado al puesto de la Guardia Civil de Cortes de la Frontera desde la centralita telefónica de la oficina de Correos y Telégrafos de la localidad de Alpandere, un fuego de grandes dimensiones había arrasado buena parte del monte denominado Loma de las Amarillas, inscrito en la hoja 1062-2, Cortes de la Frontera, del Mapa Topográfico Nacional (MTN), resultando calcinadas unas doscientas hectáreas del mismo monte consistentes en su mayor parte en bosque mixto de alcornoques y quejigos, aunque también algunas zonas minoritarias de monte bajo de porte leñoso. En el apartado de «Origen y/o Causas», uno de los guardas uniformados escribió, sin ningún otro indicio que apuntara a lo contrario: «por determinar». Y poco más. Los agentes hicieron su trabajo y desaparecieron por donde habían venido. En realidad no se esperaba más de ellos, ni hizo falta realizar ningún tipo de trámite o formalismo administrativo, ya que el Caserío del Rocín no contaba con la presencia de ninguna autoridad municipal, ni funcionario de ningún tipo, ni alcalde pedáneo ni nadie por el estilo que se hiciese cargo de una copia del atestado para algún tipo de archivo o trámite posterior. No se contemplaba la posibilidad de solicitar una declaración de zona catastrófica, o de recurrir a algún tipo de ayuda o compensación. El hecho de que hubiera pasado por allí alguien a dejar constancia de lo sucedido o no poco importaba a los pocos habitantes de aquel monte que, de la noche a la mañana, perdió todo el esplendor del que hasta entonces había gozado. La realidad era más que amarga, habían perdido para siempre la mayor parte del bosque que hasta ahora les daba sustento.

Fue aquel acontecimiento el que inició la triste época de silencio y ocaso que siguió al paso del fuego. Pasados unos pocos días, apenas el tiempo necesario para terminar de asimilar lo sucedido, los primeros vecinos que decidieron abandonar la pequeña aldea para buscarse la vida en algún otro lugar salían con sus familias, con sus mulas y carretas, o con la ayuda del todoterreno de Francisco, por los caminos que iban en dirección a Alpandere y a Ronda, o hacia Cortes de la Frontera. Se instalarían en casas de parientes o como guardeses de alguna otra finca. Alguno de ellos marcharía con su familia a buscar trabajo en la floreciente industria de la piel que empezaba a tener su auge en Ubrique. Fue un lento y doloroso goteo a través del cual la escasa población que hasta entonces habitó el Caserío del Rocín terminó por desaparecer, con excepción de una de sus familias, los Matas: el Mellizo, Ana, y su hija Candela, a quien el trágico suceso le prendió la mecha de una indignación que permanecería encendida toda su vida, y quien nunca pudo perdonar al fuego el hecho de haberle arrebatado a su querido tío Julián, su bosque, y su esperada y deseada fiesta de sexto cumpleaños.

El Mellizo y su familia decidieron quedarse en aquel lugar en el que siempre habían vivido, en aquella casona que siempre fue su hogar, y con el paso del tiempo supieron reponerse y de nuevo emprender el modo de vida que llevaban en la sangre y en el que siempre habían creído. Cambiaron muchas cosas, ya nada volvería a ser igual, pero ellos permanecieron allí. Una pequeña parte del bosque se había empeñado en sobrevivir al incendio, y el Mellizo acabó comprando un coche viejo para poder ir a trabajar a otros montes cercanos, para llevar a Candela al colegio o para cualquier otra faena que se le presentase. De vez en cuando aparecía trayendo consigo algún animal que había comprado, o con la noticia de que había negociado una vaca preñada y había que hacerle un establo. Y así fueron las cosas hasta que con la ayuda de su mujer y de su hija consiguió poner en pie toda una granja. Gracias a ellos y a su empeño, el Rocín seguía vivo.

Ana, la del Mellizo, convalecía de una larga enfermedad de la que, haciendo alarde de la tremenda fortaleza de su espíritu y del carácter que su hija había heredado, nunca se quejó, y mientras las huertas y los corrales volvían a florecer, su luz y su bondad se fueron apagando hasta que se fue sin dejar de repetir que mientras el Rocín viviera ella seguiría estando allí, aunque no la vieran. Laureano y Candela superaron ese amargo trance gracias a que se tenían mutuamente, gracias también a que el recuerdo de toda su fuerza y vitalidad seguía impregnando su presencia en casi todos los rincones del bosque que renacía, sobre las colinas y valles, y sobre el tiempo que corría entre ellos. Al lavar la ropa en el pilón de piedra, el aire se impregnaba del olor a clavo y romero con el que Ana hacía el jabón casero que aún quedaba en la alacena. Ya no estaba ella removiendo los pucheros en la cocina de leña, pero el Mellizo y su hija sabían qué había que echarle al caldo para que el olor de la cocina trajera la memoria en la que buscaban confort. Y así fueron aprendiendo a no ver a Ana en la huerta, ni en los corrales, ni entre las sábanas que se oreaban al sol, ni regresando del leñero con maderos en las manos, y tuvieron que aprender a verla cada vez que cerraban los ojos o cuando encontraban alguna de sus flores favoritas.

Tiempo después de acometidas las repoblaciones forestales ordenadas y realizadas por el ICONA en los montes que nos ocupan, además de algún otro que también escapara de la incipiente e inclemente fiebre de recalificaciones que empezaba a transformar drásticamente muchos de los preciados paisajes que hasta ahora habían permanecido intactos, y mediante convenio entre los consistorios de los municipios del Valle del Genal y el ministerio competente, se otorgaron, tras la celebración de concursos medianamente públicos y tan poco transparentes como manda la tradición, nuevos lotes de montes en régimen de concesión para su explotación cinegética. El Mellizo, cuyo conocimiento del terreno y habilidades en el rastreo de grandes piezas de caza mayor era ampliamente reconocido entre los elitistas círculos de cazadores deportivos, aceptó con agrado cuando fue propuesto para ocupar el puesto de guarda de caza de las áreas licitadas que

se comprendían entre la conocida Loma de las Amarillas, Monte Bendito y Los Chopos, y cuya misión sería fundamentalmente vigilar y entorpecer el tránsito y las fechorías del creciente número de cazadores furtivos que, según se decía, estaban acabando con las poblaciones naturales de venados, jabalíes y otros habitantes de aquellos bosques.

Desde aquella época Candela sintió una especial relación con el fuego. Lo odiaba, le gustaba crearlo para después destruirlo. Sentía el mismo placer encendiendo la chimenea de la casona o el horno donde cocían el pan, como después se regocijaba escuchando cómo se ahogaban las ascuas bajo el agua con la que las regaba. Se quedaba absorta delante de las llamas que ardían en el hogar manteniendo el calor de la casa, pasaba las manos por encima de ellas desafiándolas, e incluso parecía que, en silencio, era capaz de hablar con ellas. Siempre tuvo la intuición de que el fuego era una criatura indómita y terrible a la que había que saber domesticar y combatir, y creció con la firme determinación de querer dedicar su vida a esa misión. Por esa razón, unos años después de haber finalizado sus estudios en la universidad, después de seguir estudiando y trabajando intensamente para presentarse de promoción en promoción y de oposición en oposición, tras haber ocupado exitosamente puestos técnicos del Plan Provincial de Prevención y Extinción de Incendios Forestales, consiguió acceder al puesto de coordinadora de ese mismo servicio en la provincia de Málaga, con el cometido y el firme propósito de proteger y gestionar los montes que la vieron nacer y entre los cuales se crio. Fue un periodo convulso en el que Candela empezó a destacar debido a la eficacia de su trabajo, que era incompatible y entraba en conflicto con la manifiesta incompetencia de sus superiores. Empezó a vivir cada vez más encerrada en sí misma, muy dedicada a su trabajo y a promover de manera obsesiva, aunque acertada, una profunda reforma en el planteamiento de la lucha contra incendios, una visión diferente en la que no había por qué hacerle frente al fuego, sino evitar que este se produjera.

Valle del Genal, Málaga, otoño de 2014

La llegada del todoterreno de los Servicios Funerarios consiguió por fin abstraer a Candela del álbum de los recuerdos de su vida en el que estaba sumida. El vehículo aparcó muy cerca del helicóptero en el que Candela había sido conducida al lugar del siniestro, y de él se bajaron dos funcionarios y el juez de guardia, quienes se acercaron a la hija del Mellizo con la cautela y sigilo que requería el momento. En el ambiente flotaba la eterna maldición del aroma de la madera quemada, pero no era el olor agradable de la leña que arde en el hogar, sino más bien el amargo hedor de la madera que jamás debió arder. Allí, frente a las paredes sin techo que eran los restos de la vieja casona en la que se había

criado y en la que recordaba haber sido feliz en algún momento de su vida, Candela terminó de asimilar la terrible noticia que hasta este momento no había conseguido digerir. En las proximidades del Cortijo de la Hoya, en el vecino monte conocido como La Matrona, se había desatado un incendio debido a la quema incontrolada de los restos de alguna poda otoñal en alguna de las huertas vecinas, y el fuego, avivado por las rachas de viento, no solo había alcanzado el Caserío del Rocín, atrapando al viudo y anciano Laureano Matas en el interior de su vieja casona, sino que había llegado hasta la Vega del Tomillo, donde el río sirvió de barrera natural impidiendo el avance de las llamas hasta la próxima localidad de Faraján.

—Lo siento mucho —dijo uno de los funcionarios al llegar frente a ella.

—Todos lo sentimos, Candela, es algo terrible, estamos desolados —replicó el juez de guardia, quien conocía a la familia Matas desde hacía muchos años.

Candela ni siquiera parpadeó y, ante el silencio del amasijo de carne impasible e inanimado en el que estaba convertida en esos momentos, el amigo de la familia y su séquito se dirigieron hacia las ruinas de la vieja casona.

—Vamos a proceder al levantamiento del cuerpo.

LA SEMILLA DE LA LOCURA

Donde hay fuego, hay luz.

Ronda, Málaga. Otoño de 2014

El cementerio municipal de San Lorenzo, en la ciudad de Ronda, acogió a quienes se dieron cita en ese último adiós con el que se despedirían para siempre del muy querido y respetado señor Laureano Matas. Hasta allí hubo que trasladar los restos mortales del Mellizo, dado que el cementerio de Alpendeire, en el que deberían haber sido depositados, se encontraba clausurado provisionalmente por el lamentable estado de abandono en el que había caído años atrás. En las dependencias de la calle Molina de Larios, las oficinas del Centro Operativo Provincial de Málaga, no era de esperar que ninguno de sus despachos estuviera ocupado. Las fotocopadoras estaban apagadas y, aunque algún teléfono persistía en su afán por hacerse sonar en medio del silencio, no se oían impresoras generando informes ni se sentía el ajetreado vaivén cotidiano de documentos y dossiers. Tampoco había máquinas de café trabajando, ni rastro de la habitual atmósfera de tabaco rezumado en el frecuentado pasillo de la que daba acceso a las escaleras de incendios. Incluso don Damián, el sempiterno conserje que durante años había permanecido inalterable tras el mostrador de la recepción, tampoco había acudido al trabajo en esa soleada pero triste mañana de medio otoño. Con excepción de algún dispositivo de guardia, ni los retenes estaban en los montes, ni los técnicos estaban en sus puestos habituales. Todos en aquella mañana habían dejado a un lado sus quehaceres para acompañar a Candela en el funeral de su padre, el Mellizo, quien había sido una leyenda en vida y quien lo seguiría siendo mucho tiempo después.

Fue un hombre querido y admirado por quienes más de cerca lo conocieron y tuvieron la fortuna de disfrutar de su amistad y su sabiduría; un tipo bienhumorado, generoso y carismático de cuya vitalidad era fácil dejarse contagiar. La huella profunda que dejaba a su paso, su legado más importante fue y será el escrupuloso respeto que transmitía hacia el orden natural de las cosas, natural en el más estricto sentido de la palabra, ya que su familia, sus vecinos y amigos,

y él mismo, vivían del monte y dependían de una naturaleza que se les mostraba más generosa cuanto más la respetaban y protegían. El hecho de no haber ido a la escuela y de que a duras penas supiera escribir no hacía que el Mellizo fuera un hombre inculto. Su cultura estaba en la tierra, en ella sabía leer muchas más cosas de las que intuía en los libros que rara vez le venían a la mano y cuyos textos nunca supo interpretar. Muchos de los que nunca se lo cruzaron en persona habían oído de él que sabía cómo recuperar de una muerte segura a una encina centenaria afectada por dolencias que ni peritos ni biólogos sabían aún explicar. Los «abejeros» le pedían consejo acerca de cómo orientar y exponer sus colmenas para tener mejor miel, y los corcheros le preguntaban acerca del mejor momento para despojar a los alcornoques de su preciada corteza. Era especialmente renombrado entre los numerosos cazadores que frecuentaban los montes próximos al Rocín, quienes seguían sus indicaciones acerca de por dónde y cuándo cazar o no. Incluso aquellos que nunca lo conocieron, sabían de sus grandes gestas monteras como también adivinaban su figura en las fotografías que acostumbraban atestiguar las más famosas batidas de venados, gamos y jabalíes de cada temporada y que adornaban las paredes de las sedes de sus clubes y sociedades.

Al filo del mediodía, tal y como se citaba en la esquila publicada en varios medios de la región, el sacramental rondeño acogía a una numerosa comitiva llegada desde varios puntos, integrada por casi todos los compañeros y compañeras de Candela y por algunas autoridades locales más o menos allegadas a la familia. Tampoco habría que echar de menos la inoportuna presencia de algún alto y distinguido funcionario quien, sin cualquier sentido de la ubicuidad ni respeto alguno por la intimidad del momento, no desaprovecharía la ocasión del inevitable revuelo mediático. Tras aparecer a bordo de su flamante coche oficial y, después de expresar las debidas condolencias, se hacía pertinente reclamar ante las cámaras y micrófonos congregados, más medios y dotaciones y, por lo tanto, más presupuesto para poder hacer frente a este tipo de catástrofes y a sus fatales consecuencias.

También estaba allí la tía Juana, la hermana «chica» del Mellizo, a quien su larga vida había concedido por partida doble la triste ocasión de perder a un hermano engullido por el insaciable apetito del fuego. Acompañando a la anciana venida desde la vecina localidad de Cortes de la Frontera, estaban algunos de los vecinos aún vivos de lo que fue el Caserío del Rocín, amigos de Laureano y de Candela, quienes venían también con sus hijos, alguno de los cuales, los más mayores, también habían nacido en aquella pequeña aldea ahora incinerada de la misma manera que lo estaban siendo los restos del Mellizo. Este séquito componía la escena que se dibujaba en torno al crematorio cuya chimenea escupía humo negro a borbotones y, desde los semblantes más pesarosos y agraviados, casi todos parapetados detrás de sus gafas oscuras, unos y otras escudriñaban entre la multitud queriendo encontrar a la más notable ausencia de aquella triste

mañana. En la hija del Mellizo se iba fraguando una sociopatía cada vez más notable. Era de carácter reservado y a veces rozaba lo huraño, pero también era, de forma perfectamente compatible, una persona muy cercana y atenta cuando la ocasión lo requería. Es cierto que procuraba no relacionarse demasiado con nadie, pero a pesar de que solo se encontraba realmente cómoda cuando tenía la posibilidad de recluirse en sí misma, no quiere decirse que huyera del resto de las personas. Sería más acertado decir que su relación con los demás se ajustaba a lo que fuese preciso, y cuando se daba el caso respondía con gesto sereno y amable, siempre dispuesta a ayudar a quien pudiera en lo que estuviese en su mano hacer. Era conocida por ser extremadamente competente en su trabajo, incluso por asumir funciones y tareas que no le correspondían si es que era necesario, como de hecho lo era con demasiada frecuencia. Así es que gozaba del respeto y cariño de sus compañeros y de sus subordinados, les gustaba trabajar con ella, ya fuera a su lado o a sus órdenes, y este sentimiento colectivo y sin fisuras se podía percibir en la abultada presencia de funcionarios y efectivos de la Dirección General de Medio Ambiente y del Departamento de Incendios Forestales que a esas horas habían coincidido para rendir sus respetos a su compañera y a su difunto padre.

No todos los presentes se extrañaron de su ausencia, ya que la tía Juana estaba absolutamente segura de que su querida sobrina no acudiría al sepelio. La anciana conocía muy bien a quien para ella siempre sería «su niña», tan bien como sabía que necesitaba retorcerse de pena en algún lejano rincón de su soledad, de esa soledad en la que se encontraba segura y cómoda como para dolerse a sus anchas, lejos de caricias, abrazos, lástimas y compadecimientos. Y no se equivocaba, pues Candela en esos momentos se encontraba refugiada de todo y de todos en un remoto lugar perdido en medio de la nada, más concretamente, en una cabaña de pastores de la que tan solo ella y unos pocos cabreros más tenían conocimiento de su existencia, a donde solía acudir cada vez que sentía la necesidad de estar sola, sin teléfonos, sin una puerta a cuyo timbre fueran a llamar para dar con ella, sin prácticamente una ubicación definida en ningún mapa.

El día anterior, mientras terminaba de sucumbir a la realidad de la pérdida de su padre, presa de una tristeza jamás antes experimentada, había decidido desaparecer unos días, darse algo de tiempo para digerir lo ocurrido, por lo que poco a poco fue haciendo algunos preparativos a la vez que se esforzaba en vano por borrar de su rostro las lágrimas que le nublaban la vista. Candela vivía en una pequeña casa alquilada a las afueras de la capital, en un pequeño núcleo residencial que se había construido recientemente en torno al pantano del Limonar y del que tomaba su nombre. Era una urbanización de coquetas casitas blancas con un pequeño jardín trasero en el que Candela había conseguido cultivar un bonito huerto. Rebuscó sin mucho afán por los cajones y armarios de su casa. Con una mano iba dejando caer algunas cosas en una vieja mochila militar que arrastraba por el suelo de losas de barro en la que, además de algo de ropa de

abrigo, algunas latas y una botella de vino que había encontrado en la cocina, metió un saco de dormir, dos velas de parafina y una caja de cerillas. Poco después, agotada y vencida por el peso del tormento y todavía algo aturdida por el impacto de la tragedia, se dejó derrumbar sobre una parte del mobiliario que ella misma había confeccionado meses atrás con palés y otros materiales que había ido reciclando, una especie de sofá convertible en el que se quedó clavada durante varias horas, inmóvil y exánime hasta bien entrada la madrugada. Antes del amanecer recobró el conocimiento. Sus ojos todavía húmedos, hinchados y cercados por las huellas de las lágrimas secas, empezaron a asomarse a una realidad a la que no deseaban asistir. Pese a que lucharon por permanecer cerrados aferrándose a la evasión en la que habían permanecido, terminaron por abrirse e intentar traer de nuevo la luz al interior de un corazón que, sin embargo, aún iba a permanecer en la oscuridad por mucho tiempo. Con las fuerzas justas para colocarse de nuevo sobre sus pies, agarró la jarra de cristal de la cafetera y apuró a trago seguido el café pasado y frío de hacía ya dos días. Mientras el amargor se disolvía en su boca, se calzó sus botas de monte y se abrochó hasta el cuello la ancha cremallera de la chaqueta verde y negra que aún llevaba puesta del día anterior, tomó su mochila de gastado color caqui y ciñó todas las hebillas hasta reducirla a un pequeño fardo que acopló en la parte trasera de su moto. Poco después, con el sol aún por estrenar y con la certeza de que la única caricia que deseaba sentir en esos momentos era la del aire frío rozándole la cara, Candela desaparecía en dirección oeste con la intención de dejarse engullir por las profundas fauces rocosas y salvajes de la Sierra de Grazalema.

Desde que su padre le enseñara a manejar la vieja Montesa Impala con la que se movía por el entorno del Rocín, se despertó en ella una especie de pasión, mitad aventura y mitad nostalgia, que siempre le hizo inclinarse por los vehículos de dos ruedas antes que por los de cuatro. En sus tiempos de estudiante manejaba una pequeña Rieju 50 con la que recorría las calles de la ciudad de Córdoba y los caminos terreros que la conducían a su puesto en la torreta de vigilancia forestal de las inmediaciones del Cerro Muriano. Años más tarde obtuvo el permiso para conducir motocicletas de mayor cilindrada y adquirió una Yamaha de segunda mano con la que en su tiempo libre y en sus vacaciones, además de descubrir los caminos y pistas que atravesaban las sierras y los montes entre los que solía perderse, realizó grandes y memorables travesías sin más compañía que la que ella misma se prestaba, adentrándose por los rincones más insospechados y sorprendentes del fascinante Atlas marroquí, recorriendo entre ferris y transbordadores los blancos y diminutos pueblos de las islas griegas, o desvelando los misterios que esconden tras de sí los estrechos puertos de montaña de la espectacular cordillera de los montes Dolomitas.

Con el tiempo y, después de sopesar detenidamente si desprenderse o no de la única compañera con la que tantos y tantos remotos rincones había

descubierto y con la que había compartido la dicha de sus conquistas geográficas, decidió que no lo haría. Conservaría en el garaje su vieja moto japonesa como un recuerdo de los grandes momentos vividos con ella, como una forma de conservar el coraje y la valentía que había sentido en su propia piel al recorrer los largos caminos a los que se entregaba sin mapa, sin guía, y sin tener muy claro hasta dónde llegaría. Pero llegó el momento de dar un paso más y se decidió a comprar una robusta BMW Adventure, una moto con la que esperaba realizar aun mayores viajes, con la que continuaría más allá de la última frontera a la que alguna vez había llegado. Era un vehículo hecho para ella. Le encantaba pasar su tiempo libre embutida en su traje negro de cuero ajustado, sintiendo la vibración del motor entre sus piernas, disfrutando del abrazo firme del casco sobre su cabeza mientras el reflejo del paisaje desfilaba sobre los flancos de su visera oscura.

Sin embargo, era un momento de evasión y no había lugar para vestimentas más apropiadas ni para detenerse en otros detalles, así que Candela salió con lo puesto. Condujo con determinación, ajena al frío que penetraba en sus ropas y al dolor de los dedos helados en sus manos desnudas, y no se detuvo hasta llegar a las instalaciones turísticas del Tajo Rodillo, en las inmediaciones de Grazalema, el emblemático pueblo blanco cuya singularidad y belleza le daba nombre a aquel entorno de afiladas montañas y bosques cerrados con los que ahora deseaba fundirse. Después de aparcarse la moto en el estacionamiento del *camping* aledaño, se fajó el petate hasta ajustarlo a su cuerpo y se adentró a paso ligero y decidido ascendiendo por una de las laderas del llamado Peñón Grande, que daba acceso hacia la agreste espesura entre la que anhelaba disolverse. En poco más de una hora y habiendo ganado la altitud suficiente ya conseguía ver a lo lejos el casucho de piedra que se escondía en el fondo del altiplano por el que ahora transitaba en la escondida sierra de El Endrinal. Aquel era su paraíso.

Poco después ya se había despojado de sus botas y de la mitad de su ropa y estaba tendida bocarriba sobre una inmensa pradera de rocas a las puertas de aquel refugio de pastores. Desde allí, con la espalda sobre el suelo irregular y pedregoso, con su negra melena extendida sobre el suelo, sostenía la mirada a cada una de las enormes moles calizas que la rodeaban en silencio, respetando su dolor, mudas e inmóviles. Recién pasaba el mediodía y el sol otoñal se reflejaba sobre la roca pálida inundándolo todo de un resplandor blanquecino y cegador. Sobre el suelo áspero se retorció rodando de un lado a otro, bañándose en el calor y en la luz, y empezó a llorar amargamente ante la solemne presencia de aquellas montañas a las que tanto adoraba. No dejó de hacerlo hasta el momento en que el cielo empezó a perder el brillo del que había presumido durante todo el día y el sol tan solo iluminaba ya los picos de los cerros. Entonces tomó conciencia del frío que anunciaba una noche gélida y del hambre que había ignorado durante todo el día. Su llanto todavía se demoró en apagarse, pues su dolor era inmenso, pero se incorporó y se metió en el refugio para desentumecerse y ponerse algo de

abrigo. Rebuscó en su mochila hasta vaciarla del todo para encontrar una o dos latas de lo que fuera, las cuales apartó sobre una repisa de piedra y, junto a ellas, sin esmero alguno, colocó una vela que encendió para tener algo de luz. Después se giró y posó su mirada sobre la chimenea apagada y plomiza. Se detuvo ante ella unos minutos y observó con detenimiento el espacio que había bajo la campana ahumada y ennegrecida, un espacio vacío, un silencio que lo ocupaba todo. Sedienta de fuego, comenzó a rebuscar y a remover la abundante leña que había dispuesta a ambos costados del amplio fogal, apartando hacia un lado los troncos de mayor envergadura y hacia otro los palos más finos. Se propuso la construcción de una hoguera perfecta, una pira cuyas llamas obedecieran a sus órdenes y que describieran en cada momento el dibujo preciso que ella trazase. Antes de encender una sola cerilla ya había previsto de qué manera iba a disponer la leña para prender la hoguera que le daría calor durante la noche, incluso preconizó los sonidos con los que el fuego reduciría a cenizas el montón de madera que había preparado con esmero y que no tardaría en mermar dejando un esponjoso manto de brasas sobre las cuales se colocaría el pilar fundamental de su obra, un colosal y pesado tocón de encina sobre el que estaba ahora sentada, desde el cual extendió su brazo con decisión para que una cerilla encendida saliera disparada desde su mano hasta el preciso lugar en el que un puñado de piñas secas estaban reunidas. Una vez que el olor del fósforo quemado penetró en su nariz para terminar de alojarse bajo la leña dispuesta, no tardó en empezar a oírse con nitidez el siseo que produce la resina cuando comienza a fundirse. Poco después sonaban los primeros chasquidos que dejaban escapar las piñas al abrir sus escamas para consentir que las llamas primerizas abrazaran sus cuerpos. Por un instante se pudo apreciar la fragancia fugaz y sublime que desprende la corteza húmeda de la madera cuando el fuego la roza con cierta timidez y, poco después, las llamas fueron tomando cuerpo bajo las manos de la mujer que las dirigía, sucumbiendo como siempre ante la belleza del fuego que ella había creado y cuyos fulgores respondían con absoluta sincronía a la manera en la que habían sido bocetadas en su mente momentos antes. Candela percibía como propio el don de domar el fuego que ella creaba y que ahora crecía ante ella de la misma forma que le crecía la sonrisa en la boca, el brillo en sus ojos y el ritmo de los latidos en su pecho. Estaba al mismo tiempo emocionada y excitada al comprobar que la informe criatura anaranjada respondía con exactitud a las maneras en que ella había decidido que lo hiciera.

Con el rostro iluminado por el color de la lumbre fue devorando con ansiedad el interior frío de sus latas sin reparar en su contenido y bebió varios tragos de vino mientras acompañaba el movimiento de su cuerpo a la danza de las llamas que ya bailaban ante ella. Tal y como le ocurría a menudo en presencia del fuego, las emociones crecían y se arremolinaban hasta el punto en que, al trasfuego de la fogata, empezó a entrever la figura amable del Mellizo y empezó a